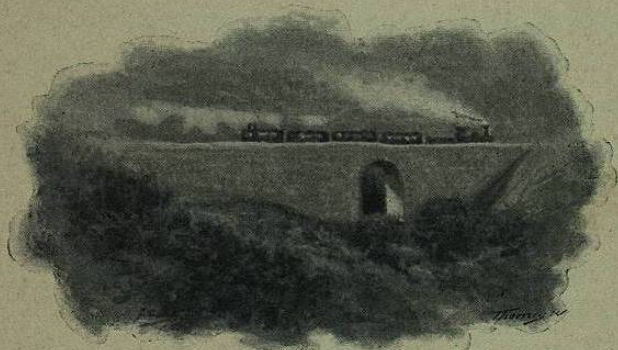


- Por lo menos escribirla, sí.  
 — ¡Cuidado con los nombres!  
 — No tema usted. Le doy las gracias por su complacencia, y le reitero mi afecto; es muy noble conocer los propios errores y enmendarlos. ¡Ojalá haya muchos que, imitando su ejemplo, se retiren del borde del abismo antes de caer en él!



... se marchó, y el ruido de la máquina...

## LOS CASAMIENTOS IMPROVISADOS

Entre la juventud del sexo que los hombres llaman galantemente bello existe una enfermedad que hace la desgracia de muchas infelices y que podremos llamar casa-manía.

Esta enfermedad, quitando la facultad de razonar y discurrir, hace aceptar á algunas jóvenes como excelente el primer partido que se les presenta, siquiera sea detestable; huyendo horrorizadas de llegar á ser *solteronas*, presentan su corazón á todo el que ante ellas pasa y les dirige unas cuantas frases corteses; lo entregan satisfechas al que más muestras da de ir de-

recho al altar, sin tomarse el trabajo de averiguar qué móviles impulsan al tal sujeto, ni pretender conocerlo á fondo antes de unir sus existencias.

De aquí resultan mil equivocaciones y viene la desventura de infinitos matrimonios que se han encontrado perfectamente extraños el uno al otro pasados los primeros días de entusiasmo, porque ambos eran otra cosa de lo que aparentaban.

Si la mujer se deja llevar muy á menudo de esa manía de casamiento por la sola razón de que se cree desairada si no tiene siempre al lado un rendido adorador y no se casa muy pronto, el hombre, de imaginación volcánica y vivas pasiones, cualidades tan generales en nuestro meridional temperamento, lo hace muchas veces impulsado por la primera impresión, cediendo al capricho de un instante; y ¡ay de él cuando de su falaz ilusión despierta y se ve sujeto por lazos que le pesan cual cadenas de hierro porque no los ha aceptado con la convicción de la razón serena, sino anudado en un momento de irreflexión! Desde tal momento el hogar es un infierno para él, su mujer una pesada carga, y los ángeles bellos que debía adorar, molestos apéndices que le irritan.

Supóngase la ventura, la paz, la mutua confianza que en semejante hogar se disfrutará careciendo de recíproca estimación. El evitar estos fatales resultados está en manos de la mujer. No dejándose llevar nunca del primer irreflexivo impulso; no entregando su mano más que después de conocer bien la exten-

sión del afecto que hacia ella siente el hombre que dice amarla, y aun más después de estar bien cierta de la rectitud de sus ideas, la nobleza de sus sentimientos, lo irreprochable de su proceder y lo sereno de su juicio, podrá impedir que con tanta frecuencia se asista al espectáculo de matrimonios desgraciados. Sin reunir las condiciones que dejamos expuestas, no hay hombre capaz de hacer feliz á una mujer por buena que ésta sea.

Creemos, pues, tener razones suficientes para combatir esos matrimonios del momento que se llevan á cabo sin pensar uno ni otro lo que hacen, como por vía de juego: abismo de desventuras hacia el que la mujer camina contenta y sonriente, impulsada por su vivo afán de cambiar de estado creyendo encontrar en el que desconoce todas las felicidades; abismo en que al despertar de su error se encuentra sepultada para siempre. Al hablar así, lo hacemos en general, consignando con el mayor gusto que en esto como en todo hay muchas y honrosas excepciones; suponer lo contrario sería desconocer una verdad palpable.

A propósito de la cuestión que nos ocupa traeremos á la memoria la sencilla relación de una verídica historia, ó más bien sucedido, que prueba la verdad de nuestro aserto.

✓ Vivía en Madrid un joven hijo de distinguida familia, de buena figura, elegante y seductor, que se llamaba Fernando Pérez y ocupaba importante puesto en una dependencia del Estado.

Apreciado generalmente por su trato franco y ameno y por su carácter expansivo y alegre, era sin embargo lo que solemos llamar un trueno; jugador, pendenciero, fiel adorador de los placeres de Baco y humilde esclavo de los femeniles encantos, cometía, sin mala intención, mil actos reprobables, y hacía, dirigido por su cabeza ligera, la desgracia de muchas infelices que sus protestas creían.

Tal personaje frecuentaba con gran franqueza la casa de una buena familia á cuyo jefe estaba ligado por los lazos de la amistad y el afecto y consideración que le debía. A pesar de haber en esta familia una joven de recomendables cualidades, y quizá por esta misma circunstancia, el calavera había guardado en aquella casa la mayor circunspección, y trataba á la joven como á una buena amiga, haciéndola confidente de algunos de sus amores y de aquella parte de sus secretos que podía ser oída.

Mas he aquí que se le ocurre ir á visitar á sus amigos un día en que las libaciones habían sido más frecuentes y su cabeza estaba más exaltada por los vapores que de su estómago subían mareándolo, y el calor de los licores encendió en su mente viva llama á cuya luz vió en su joven amiga encantos que antes no había percibido y que su imaginación calenturienta aumentó hasta hacerlos irresistibles. De aquí nació una entusiasta admiración, y tras ella mil frases de amor brotaron de aquellos labios elocuentes por el *ardiente espíritu* que los animaba.

Ella le escuchó con una viva satisfacción, le dió inequívocas muestras de su complacencia y le dejó entrever lo fácil que le sería obtener su amor. El entusiasta joven hizo las protestas más expresivas de agradecimiento, habló de casamiento y juró amarla siempre.

Al siguiente día su entusiasmo se había evaporado con el espirituoso calor que lo produjo; despertó cuidado del amoroso transporte que tan lejos lo había hecho ir, y acusándose de torpe, renegando de sí mismo. Recordaba perfectamente cuanto había dicho y hecho la víspera, y se encontró apurado no sabiendo cómo salir del compromiso que se había buscado.

Un resto de delicadeza le hacía no querer quedar mal con aquellas personas que apreciaba y que tenían formado de él buen concepto, á pesar de conocer su ligereza. Meditó un rato, dió veinte vueltas al asunto y en un arranque generoso exclamó:

— Es una buena chica; quizá me haga feliz; quizá el matrimonio me aparte de esta vida de trueno que me va cansando. Me caso, y pronto, porque si lo pienso, me vuelvo atrás.

Una hora después se encontraba al lado de la que pensaba hacer su esposa.

— Luisa — le decía, — cuanto anoche expresé á usted lo repito hoy; amo á usted y deseo ser su esposo con una sola condición.

— ¿Cuál? — preguntó ella, envolviéndolo en una mirada fascinadora.

— Que nos hemos de casar antes de quince días.

La infeliz tomó por la prisa de la pasión lo que sólo era poca confianza en sí mismo, y tras poner algunos débiles obstáculos y hacerse rogar un poco, aceptó la condición.

Si hubiera sometido la decisión de aquel hombre voluble y ligero á la prueba del tiempo, no se hubiera casado con él; pero con esto hubiese ganado mucho en tranquilidad y evitado caer en la mayor de las desgracias.

Al instante fué pedida su mano; sus padres la concedieron viendo el empeño y la resolución de la interesada, y al terminar la quincena eran esposos.

La luna de miel brilló con todos sus esplendores. Ella, que no había tenido lugar de amarle antes, lo quiso después como una buena esposa quiere á su marido. Él, seducido por los encantos de su joven compañera, que resplandecían más que nunca en aquellos días de expansión y mutuas atenciones, y atraído por su dulce ternura, fué un modelo de maridos amantes y cariñosos. La encantadora pareja era admirada en todas partes por el bello conjunto que ofrecía, y el convertido se sintió satisfecho de su cambio de vida y orgulloso de su elección.

Pero esa luna, tan feliz para los enamorados, fué declinando y desapareció al fin en Occidente. Cuando su poética luz dejó de alumbrarlos, empezaron las obscuridades para el nuevo matrimonio. Él quiso, como era natural, recobrar su libertad de acción depuesta

por su propia voluntad, y entraron en el orden regular de vida. Volvió al seno de sus amigos, que lo recibieron con hurras de placer, y durante una temporada, firme en su resolución de ser hombre de bien, se contentó con la inocente recreación de asistir al club y al café.

Mas vida tan metódica le cansó al fin: deseó tener alguna emoción y jugó un día; ganó, y al siguiente jugó más por aumentar la ganancia; le tocó entonces perder, y siguió buscando la revancha. Así, ganando un día y perdiendo veinte, llegó á jugar lo que no era suyo. Aquí su humor se hizo sombrío; la idea de que obraba mal lo tenía intranquilo, violento; los gastos de su casa le irritaban porque distraían lo que necesitaba para pagar deudas; la sombra de la preocupación se extendió sobre su frente, y huía de su mujer para que no le interrogara.

Ella empezó á comprender su desgracia; en el fondo de su alma se arrepintió de su ligereza; al verse siempre sola y reparar en el repentino cambio de su marido no pudo menos de adivinar el triste porvenir que la esperaba, y el llanto, ese desahogo del dolor, acudió á calmar su amargura.

Tras esto vinieron las naturales quejas y reconvenciones mezcladas con lágrimas y súplicas que empezaron por ser enojosas al marido y acabaron por desesperarle y hacerle renegar de las obligaciones que se había impuesto. Su mujer dejó de parecerle bella desde el momento que se opuso á sus locuras, y el